



Capacitador Sermones CGI

(Sermones para Agosto 2026)

<u>Sermón del 2 de agosto de 2026</u>	<u>1</u>
<u>Sermón del 9 de agosto de 2026</u>	<u>13</u>
<u>Sermón del 16 de agosto de 2026</u>	<u>25</u>
<u>Sermón del 23 de agosto de 2026</u>	<u>39</u>
<u>Sermón del 30 de agosto de 2026</u>	<u>55</u>

Sermón del 2 de agosto de 2026 — Domingo 13 [INICIO](#)

La lucha de Jacob con Dios en Génesis 32 muestra cómo Dios se involucra humildemente con nosotros, permitiéndonos luchar con valentía y ser transformados. Al entregarnos a ser moldeados y transformados por el amor inquebrantable de Dios, alcanzamos la intimidad que anhelan el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Salmo 145:8-9 , 14-21 • Isaías 55:1-5 • Romanos 9:1-5 • Mateo 14:13-21

El tema de este domingo es **Jesús es el hacedor de milagros** . Nuestro salmo de este domingo nos muestra quién es Dios. Él es bondadoso, misericordioso, lento para la ira y muy amoroso. Es bueno con todos, incluyendo cada parte de su creación. Él provee para cada persona, planta y animal. El profeta Isaías nos recuerda que si tenemos hambre o sed, Dios es la fuente de todo lo que necesitamos. Nos anima a alimentarnos de lo bueno escuchando a Dios para que podamos vivir. En Romanos, el apóstol Pablo anhela la transformación de su pueblo. Anhela que

reciban el don de la salvación, dado a todos en Cristo Jesús. El pasaje del Evangelio narra cómo Jesús predicó a una gran multitud. Al ver que tenían hambre, los alimentó a todos. Este milagro comenzó con cinco panes y dos peces, y terminó con miles de personas con su hambre saciada. Jesús satisface; él es más que suficiente.

Recordatorio: *Este párrafo introductorio tiene como objetivo mostrar la relación entre las cuatro selecciones de LCR de esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No debe incluirse en el sermón. [Cómo utilizar este recurso para los sermones.](#)*

Jesús es el hacedor de milagros

Mateo 14:13–21 (NVI)

[Lee o pide a alguien que lea la perícopa.]

13 Cuando Jesús recibió la noticia, se retiró él solo en una barca a un lugar solitario. Las multitudes se enteraron y lo siguieron a pie desde los poblados. 14 Cuando Jesús desembarcó y vio tanta gente, tuvo compasión de ellos y sanó a los que estaban enfermos.

15 Al atardecer se le acercaron sus discípulos y dijeron: —Este es un lugar apartado y ya se hace tarde. Despide a la gente, para que vayan a los pueblos y se compren algo de comer.

16 —No tienen que irse —contestó Jesús—. Denles ustedes mismos de comer.

17 Ellos objetaron:

—No tenemos aquí más que cinco panes y dos pescados.

18 —Tráiganmelos acá —dijo Jesús.

19 Y mandó a la gente que se sentara sobre la hierba. Tomó los cinco panes y los dos pescados y, mirando al cielo, los bendijo. Luego partió los panes y se los dio a los discípulos, quienes los repartieron a la gente. 20 Todos comieron hasta quedar satisfechos y los discípulos recogieron doce canastas llenas de pedazos que sobraron. 21 Los que comieron fueron unos cinco mil hombres, sin contar a las mujeres y a los niños.

Mateo 14:13-21 (NVI)

Hoy escucharemos una historia sobre el hambre, el dolor y el amor generoso de Dios. Veremos cómo **Jesús hace milagros**.

Versículo 13:

13 Cuando Jesús recibió la noticia, se retiró él solo en una barca a un lugar solitario. Las multitudes se enteraron y lo siguieron a pie desde los poblados.

A veces es un verdadero reto encontrar tiempo a solas. ¿Te ha pasado alguna vez? Planeas escaparte para descansar, reflexionar, tal vez hacer una excursión de un día o unas mini vacaciones. Pero no paran de surgir obstáculos: un problema laboral, una emergencia familiar, o que todos tus conocidos decidan acompañarte. Adiós a tu tranquila soledad. [Quizás quieras compartir alguna anécdota personal sobre cómo te ha resultado difícil encontrar tiempo a solas para descansar.]

En nuestra historia de hoy, Jesús se retira a solas. Acaba de recibir una noticia terrible: el rey Herodes ha matado a Juan el

Bautista. Juan no solo era profeta, sino también pariente y amigo de Jesús. Fue él quien señaló a Jesús como el Mesías y dijo: «Este es el Cordero de Dios», refiriéndose al enviado de Dios para rescatar al mundo del pecado y del mal.

Jesús está afligido y quiere estar solo un rato. Sube a una barca y se dirige a un lugar tranquilo, pero la multitud lo sigue.

Lo cierto es que, a pesar del duelo, la vida continúa. Aunque la pérdida nos devaste, la vida sigue adelante. La Tierra sigue girando. Y las dificultades y los desafíos siguen ocurriendo. Quizás tú también lo hayas experimentado.

Cuando muere un ser querido, la pérdida es inmensa. Si bien Jesús es plenamente Dios, también es plenamente humano. Él experimenta el dolor igual que nosotros. En Jesús, tenemos un Dios que comprende lo que sentimos cuando muere alguien a quien amamos.

Así pues, Jesús se preocupa por la multitud aunque él mismo necesite tiempo a solas para llorar.

Versículo 14:

Cuando Jesús desembarcó y vio tanta gente, tuvo compasión de ellos y sanó a los que estaban enfermos.

Y cuando Jesús pisa la orilla, no aparta a la gente. Los sana porque **Jesús es el hacedor de milagros.**

Mateo dice: «Tuvo compasión de ellos». Compasión significa que su corazón se conmovió hacia quienes sufrían. Jesús sana a los enfermos y cuida de la multitud, incluso mientras cargaba con su propio dolor.

Aquí vemos el corazón de Dios. Jesús no le da la espalda a quienes sufren. Se acerca a ellos. No piensa en sí mismo, sino en ellos y en sus necesidades.

Aquí Jesús demuestra que el amor es desinteresado. Mucho antes de entregar su vida en la cruz, la entrega para servir a estas personas necesitadas. Les muestra el amor de su Padre celestial a través de su ministerio. El Espíritu Santo le permite amar y cuidar a los demás en medio de su propio dolor y sufrimiento.

Versículo 15: 15 Al atardecer se le acercaron sus discípulos y dijeron: —Este es un lugar apartado y ya se hace tarde. Despide a la gente, para que vayan a los pueblos y se compren algo de comer.

Al caer la tarde, los discípulos parecen preocupados. Miles de personas están lejos de la ciudad y no hay comida cerca. Los discípulos quieren que Jesús despida a la gente. Jesús dice algo sorprendente.

Versículo 16: 16 —No tienen que irse —contestó Jesús—. Denles ustedes mismos de comer.

Los discípulos contaban sus provisiones; no alcanzaban para miles de personas. ¿Crees que sintieron pánico?

Versículos 17 y 18:

17 Ellos objetaron:

—No tenemos aquí más que cinco panes y dos pescados.

18 —Tráiganmelos acá —dijo Jesús.

Los panes y los peces alcanzan para alimentar a una persona, tal vez a dos. Claramente no alcanzan para alimentar a miles. Es obvio que los discípulos son incapaces de hacer lo que Jesús les ha dicho.

Pero Jesús no se inquieta. Jesús conoce la generosidad de su Padre. Entonces, Jesús les dice: «Tráiganme la comida».

Versículo 19:

19 Y mandó a la gente que se sentara sobre la hierba. Tomó los cinco panes y los dos pescados y, mirando al cielo, los bendijo. Luego partió los panes y se los dio a los discípulos, quienes los repartieron a la gente.

Jesús toma el pan y el pescado en sus manos. Luego ofrece la humilde comida de cinco panes y dos peces a su Padre celestial. Un milagro comienza a suceder. De sus recursos infinitos, el Padre multiplica los panes y los peces para Jesús. **Jesús es el hacedor de milagros.**

Los discípulos, asombrados, comienzan a repartir lo que tienen entre la multitud que los espera. Pronto todos han comido algo.

Versículos 20 y 21:

20 Todos comieron hasta quedar satisfechos y los discípulos recogieron doce canastas llenas de pedazos que sobraron. 21 Los que comieron fueron unos cinco mil hombres, sin contar a las mujeres y a los niños.

De repente, hay suficiente. No solo para unos pocos, sino para todos. Incluso sobraron doce cestas. Todos comieron. Todos quedaron satisfechos.

Los cristianos lo han llamado durante mucho tiempo «la alimentación de los cinco mil» o el milagro de los panes y los peces. Y fue un milagro. Los discípulos sólo tenían dos peces y cinco panes. No les alcanzaba.

Tal vez te sientas como los discípulos y pienses: “No tengo suficiente”. No tengo suficiente fuerza. No tengo suficiente sabiduría. No tengo suficiente dinero. No tengo suficiente fe. No tengo suficiente tiempo.

Sin embargo, sorprendentemente, Jesús invitó a sus discípulos a unirse a él. Y Dios también nos invita a nosotros. Dios quiere que participemos en su misión constante de amor.

Jesús continúa su misión en el mundo. El Padre sigue restaurando vidas. El Hijo sigue acogiendo a los pecadores y sanando a los afligidos. El Espíritu Santo sigue atrayendo a las personas al amor de Dios.

Recordemos: las acciones o decisiones de los discípulos no fueron las que provocaron el milagro. **Jesús es quien hace el milagro.** Pero Jesús los invitó a participar, y ellos respondieron con confianza. Así es como sigue siendo la vida con Dios hoy en día.

Esto es lo que significa vivir con una misión. Dios ya está obrando para restaurar el mundo a través de Jesucristo, y el Espíritu nos invita a unirnos a esa obra en la vida cotidiana. Nosotros no traemos a las personas a Dios Padre; Jesús ya lo ha hecho. Nosotros no cambiamos los corazones; el Espíritu Santo lo hace. Nosotros no cargamos con el peso de salvar al mundo; Jesús ya lo lleva.

Así pues, podemos vivir con paz y generosidad. Podemos confiar en el cuidado del Padre. Podemos seguir al Hijo. Podemos caminar en el Espíritu.

Y cuando nos sentimos vacíos o abrumados, recordamos esta historia: el Dios que alimentó a la multitud sigue siendo fiel. El Padre sigue proveyendo. El Hijo sigue acogiendo. El Espíritu sigue obrando. Y en Jesucristo todavía hay más que suficiente para la vida del mundo.

La alimentación de los cinco mil no se centra principalmente en la multitud. No se centra principalmente en los discípulos, en lo que hicieron ni en cómo debemos imitarlos. Se centra en Jesús. Él es siempre el protagonista.

Este relato de Mateo 14 nos ayuda a comprender quién es Jesús y qué vino a revelar acerca de Dios, su Padre. También nos ayuda a comprender los milagros. Los milagros son señales que revelan quién es Dios.

Cuando la gente moderna oye la palabra «milagro», puede pensar en algo extraño, mágico o imposible. Pero en la Biblia, los milagros nunca son demostraciones de poder aleatorias cuyo único propósito es asombrar. Los milagros son señales que trascienden lo material para revelar la presencia, el carácter y el reino de Dios. Entendemos el reino de Dios como su gobierno misericordioso, ya presente en Cristo. Es la realidad de Dios renovando el mundo según su amor y sus propósitos.

En las Escrituras, un milagro es un acto de Dios en el que el poder del Creador irrumpe en el mundo ordinario. Esta irrupción revela que Dios está restaurando lo que el pecado y la maldad han destruido. El mundo tal como lo experimentamos no es el mundo que Dios concibió. Los seres humanos experimentan enfermedad, dolor, miedo, injusticia, hambre, soledad y muerte. La Biblia describe esto como el resultado del pecado y la destrucción que de él se deriva.

Así pues, cuando Jesús sana a los enfermos, alimenta a los hambrientos, calma las tormentas o resucita a los muertos, no está realizando trucos. Está dando señales del reino de Dios: destellos de la restauración de la creación bajo su reinado. Verán, en el reino, en la plenitud del reinado de Dios, no habrá más enfermedades, ni hambre, la naturaleza ya no será destructiva y todo aquel que haya muerto resucitará.

El milagro de la alimentación de los cinco mil revela que Jesús no es simplemente un maestro o profeta. A lo largo del Antiguo Testamento, ciertos milagros son exclusivos de Dios. Dios alimenta a su pueblo en el desierto. Dios gobierna la naturaleza. Dios provee vida. Dios rescata y sustenta a su pueblo.

Sin embargo, en los Evangelios, **Jesús es el hacedor de milagros**. Jesús comienza a realizar las obras asociadas con Dios mismo. Por eso los milagros impactaron tanto a la gente. Jesús actúa con autoridad divina. Él ordena a la creación, y la creación le obedece.

Los milagros de Jesús revelaron que era el Hijo de Dios. Y esto era importante porque también era el Hijo del Hombre, plenamente humano. Cuando se cortó el pie, sangró. Se cansó y necesitó descansar. Tuvo hambre y necesitó comer. La gente sabía quiénes eran su madre, su padre y sus hermanos. ¿Cómo podía ser Dios este hijo de María y un carpintero?

En este milagro, la conexión con la obra de Dios en el Antiguo Testamento es especialmente importante. En tres semanas, comenzaremos una serie de sermones sobre el libro del Éxodo. Veremos cómo Israel vagó por el desierto hambriento, y Dios los alimentó con maná del cielo. Ahora Jesús se encuentra en un lugar desierto con otra multitud hambrienta, y una vez más se les provee pan en abundancia.

El autor del Evangelio de Mateo quiere que todos reconozcan que el Dios que alimentó a Israel en el desierto ahora está presente entre su pueblo en Jesucristo. El milagro revela que Jesús es Dios: el Hijo eterno de Dios que ha venido en carne humana.

Sin embargo, el milagro hace más que revelar el poder divino de Jesús. Revela el corazón del Padre. Jesús dijo: «**El que me ha visto a mí, ha visto al Padre**» ([Juan 14:9](#)). Jesús no solo vino a salvar a la humanidad, sino también a mostrarnos cómo es Dios en realidad.

Mucha gente imagina a Dios como distante, severo, impaciente o reacio a preocuparse por los seres humanos. Pero cuando observamos a Jesús en esta historia, vemos todo lo contrario.

En este milagro, Jesús revela la compasión del Padre. Dios no es indiferente al sufrimiento humano. Dios se acerca con amor a quienes sufren. El significado va más allá de simplemente mostrarnos que Dios es capaz de multiplicar los alimentos. Vemos que el corazón del Padre es abundantemente generoso. Dios es más que suficiente. Su bondad y provisión son desbordantes.

Este milagro también apunta hacia la cruz. Jesús toma el pan, lo bendice, lo parte y lo reparte entre la gente. Más tarde, en la Última Cena, Jesús volverá a tomar pan, lo bendecirá, lo partirá y dirá: «Este es mi cuerpo, que se entrega por ustedes» ([Mateo 26:26-29](#)). La alimentación de la multitud se convierte en una representación del evangelio mismo.

La humanidad tiene hambre espiritual y es incapaz de salvarse a sí misma. No podemos sanar nuestras propias heridas ni reconciliarnos con Dios. Por eso, el Padre envía al Hijo al mundo. Jesús se hace humano por nosotros. Vive la vida de fe que nosotros no pudimos vivir, y en la cruz se entrega por completo por la vida del mundo. En su muerte y resurrección, Jesús hace por nosotros lo que jamás podríamos hacer por nosotros mismos. El milagro también revela la vida de la Trinidad. El Padre es la fuente de toda provisión. El Hijo recibe del Padre y da generosamente a la humanidad. El Espíritu Santo capacita y revela la obra de Dios. A lo largo de su ministerio terrenal, Jesús vive en amorosa comunión con el Padre por medio del Espíritu. Y a través de Jesús, la humanidad es invitada a esa misma relación con Dios.

La alimentación de los cinco mil nos muestra que el cristianismo no comienza con el esfuerzo humano, sino con la generosidad de Dios. Antes de que la multitud pidiera, Jesús ya veía su necesidad. Antes de que los discípulos comprendieran lo que sucedía, Jesús ya estaba preparando provisiones. Antes incluso de que la humanidad supiera que necesitaba ser rescatada, el Padre ya había enviado al Hijo.

Los milagros son señales de que Dios se ha acercado y de que Jesús es el Hijo divino enviado por el Padre. Y los milagros son señales de que el reino de Jesús está llegando, y así es como se ve ese reino: un mundo restaurado.

Finalmente, el milagro de los panes y los peces nos lleva más allá del pan mismo, hacia Jesús. El pan era importante porque la gente tenía hambre. Pero Jesús es el regalo mayor. Él es el verdadero Pan del cielo, dado para la vida del mundo.

Jesús es el hacedor de milagros.

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

1. ¿Qué es lo que más te llama la atención de la respuesta de Jesús a la multitud en medio de su propio dolor?
2. ¿Por qué crees que es importante que este milagro revele no sólo el poder de Jesús, sino también el corazón del Padre?
3. ¿En qué aspecto de tu propia vida te identificas más con el sentimiento de "insuficiencia" que experimentaron los discípulos en este momento?
4. ¿Cómo te ayuda esta historia a comprender los milagros como señales del reino de Dios, en lugar de meras demostraciones de poder?

Sermón del 9 de agosto de 2026

Domingo 14 del Tiempo Ordinario

INICIO

Cuando olvidamos la presencia de Dios y lo que ha hecho por nosotros, experimentamos miedo y ansiedad. Gracias a los constantes recordatorios de la Biblia y de nuestra comunidad cristiana, podemos encontrar paz y alegría al recordar que Cristo siempre está con nosotros, incluso en nuestros momentos más difíciles.

Salmo 105:1-6 , 16-22 , 45b • Génesis 37:1-4 , 12-28 • Romanos 10:5-15 • Mateo 14:22-33

El tema de este domingo es **Jesús viene a nosotros en la tormenta** . En Génesis 37 , José, hijo de Jacob, es arrojado a la oscuridad de un pozo por sus hermanos y abandonado a su suerte. Finalmente, José es rescatado del pozo y vendido a comerciantes madianitas, quienes lo venden como esclavo en Egipto. El salmista nos recuerda que demos gracias a nuestro Dios, quien fue fiel al librar a Jacob y a su familia del hambre. Lo hizo liberando a José, hijo de Jacob, de su injusta prisión y lo convirtió en el segundo al mando en Egipto. En el Evangelio de Mateo, los discípulos se encuentran en el mar, en peligro por la tormenta y la amenaza del mal. Jesús, el Hijo de Dios, viene a ellos y los salva, así como vino a nosotros en la tormenta de nuestra humanidad y nos salvó del mal, el pecado y la muerte. El apóstol Pablo nos recuerda que somos salvos por la fe. Confesamos a Jesús como Señor, creyendo en nuestros corazones que Dios lo resucitó de entre los muertos, y somos salvos.

Recordatorio: Este párrafo introductorio tiene como objetivo mostrar la relación entre las cuatro selecciones de LCR de esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No debe incluirse en el sermón. *Cómo utilizar este recurso para los sermones.*

Jesús viene a nosotros en la tormenta.

Mateo 14:22–33 NVI

[Lee o pide a alguien que lea el pasaje de Mateo.]

Jesús camina sobre el agua

22 Enseguida Jesús hizo que los discípulos subieran a la barca y se adelantaran al otro lado, mientras él despedía a la multitud.

23 Después de despedir a la gente, subió a la montaña para orar a solas. Al anochecer, estaba allí él solo 24 y la barca ya estaba bastante lejos de la tierra, zarandeada por las olas, porque el viento le era contrario.

25 En la madrugada, Jesús se acercó a ellos caminando sobre el lago. 26 Cuando los discípulos lo vieron caminando sobre el agua, quedaron aterrados.

—¡Es un fantasma! —dijeron.

Y llenos de miedo comenzaron a gritar. 27 Pero Jesús dijo enseguida:

—¡Cálmense! Soy yo. No tengan miedo.

28 —Señor, si eres tú —respondió Pedro—, mándame que vaya a ti sobre el agua.

29 —Ven —dijo Jesús.

Pedro bajó de la barca y caminó sobre el agua en dirección a Jesús. 30 Pero al sentir el viento fuerte, tuvo miedo y comenzó a hundirse. Entonces gritó:

—¡Señor, sálvame!

31 Enseguida Jesús le tendió la mano y, sujetándolo, lo reprendió:

—¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?

32 Cuando subieron a la barca, el viento se calmó. 33 Los que estaban en la barca lo adoraron diciendo:

—Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios.

Mateo 14:22-33

A veces la vida puede sentirse como una tormenta. ¿Te ha pasado? Intentamos seguir adelante, pero el viento sopla en contra y todo se siente pesado y difícil. Seguimos remando, pero parece que no avanzamos. Sea cual sea la tormenta que enfrentemos, este pasaje del Evangelio nos recuerda una verdad profunda y esperanzadora: **Jesús viene a nosotros en medio de la tormenta**. Entra en nuestra historia, se acerca a nosotros, se da a conocer y nos consuela.

El relato del Evangelio de este domingo nos sumerge en medio de una tormenta caótica en el profundo Mar de Galilea. Este suceso tiene lugar al final de un día extraordinariamente largo. La narración retoma la historia donde la dejamos el domingo pasado. Es el mismo día.

Aquí un breve resumen: Jesús intenta buscar un poco de soledad, pero la multitud lo sigue. Se compadece de ellos y sana

a los enfermos. Entonces, para asombro de los discípulos, Jesús les pide que les den de comer. ¡La multitud era de más de cinco mil personas!

Solo tenían cinco panes y dos peces. Jesús tomó esta pequeña cantidad de comida y se la ofreció a su Padre celestial.

Entonces Jesús les dice que repartan los dos peces y los cinco panes entre miles de personas. Al hacerlo, la comida se multiplica milagrosamente. ¡Al final, los discípulos se llevan más comida de la que tenían al principio!

Continuemos la historia en Mateo 14 .

22 Enseguida Jesús hizo que los discípulos subieran a la barca y se adelantaran al otro lado, mientras él despedía a la multitud.

23 Después de despedir a la gente, subió a la montaña para orar a solas. Al anochecer, estaba allí él solo (versículos 22-23).

Jesús está solo. ¡Por fin! Sube a la montaña a orar. Bueno, Jesús no está exactamente solo, ¿verdad? El Hijo vive en constante comunión con su Padre en el Espíritu. Incluso en su humanidad, Jesús depende completamente del amor y la presencia del Padre, viviendo por el Espíritu. Decimos que nuestro Dios es «trino» porque eso significa relacionarse con tres. Dios es uno en tres, la Trinidad. Dios siempre ha existido como Padre, Hijo y Espíritu Santo: tres Personas distintas en perfecta unión y armonía.

Y la barca ya estaba bastante lejos de la tierra, zarandeada por las olas, porque el viento le era contrario.» (versículo 24). Al caer la noche sobre el mar de Galilea, se desata una tormenta. La imagen es vívida. Los discípulos deben estar exhaustos. Jesús los

vio luchando contra las olas ([Marcos 6:48](#)). El mar está embravecido.

En el mundo antiguo, el mar solía representar el caos, el peligro y fuerzas que escapaban al control humano. La superstición hacía creer que este profundo lago, de noche, era un lugar de demonios y estaba embrujado por el mal. Ahora, la tormenta lo convierte en un lugar aún más inquietante y aterrador. Y los discípulos se encuentran atrapados en medio de todo.

Los discípulos no toman malas decisiones ni pecan cuando llega la tormenta. De hecho, están exactamente donde Jesús les dijo que estuvieran. Esto es importante porque muchos asumen erróneamente que las «tormentas» de la vida solo ocurren cuando han fallado a sí mismos, a los demás o a Dios. Sin embargo, aquí los discípulos obedecen a Jesús, y aun así las olas se alzan contra ellos.

Ahora, al examinar esta historia del Evangelio, nuestro enfoque *no* será "¿Cómo podemos afrontar la tormenta?". No, nuestro enfoque es "¿Qué clase de Dios entra en la tormenta para estar con nosotros y salvarnos?".

Continuemos con los versículos 25 y 26.

25 En la madrugada, Jesús se acercó a ellos caminando sobre el lago. **26** Cuando los discípulos lo vieron caminando sobre el agua, quedaron aterrados

—¡Es un fantasma! —dijeron.

Y llenos de miedo comenzaron a gritar.

Entonces, entre las tres y las seis de la mañana, Jesús se les aparece caminando sobre el agua. En lugar de alivio, los

discípulos reaccionan con terror. Piensan que es un fantasma; no reconocen a Jesús.

Jesús está con ellos ahora, pero la tormenta sigue arreciando. ¿Acaso suponemos que si Dios estuviera realmente presente, todo estaría más tranquilo? ¿Esperamos que Jesús calme la tormenta antes de acercarse a nosotros? En esta historia, las olas siguen rompiendo. El viento sigue aullando. Sin embargo, allí, en medio del caos, Jesús se acerca. **Jesús viene a nosotros en medio de la tormenta.**

Versículo 27:

Pero inmediatamente Jesús les habló, diciendo: «¡Cálmense! Soy yo. No tengan miedo.».

La frase «soy yo» tiene un profundo significado. Jesús no se limita a decir: «No se preocupen; soy yo, su rabino». En el lenguaje de las Escrituras, estas palabras evocan el nombre divino de Dios. En el Antiguo Testamento, Dios se reveló a Moisés, el líder del antiguo Israel. Y Dios le reveló a Moisés su misterioso nombre divino, que significaba algo así como «YO SOY»: el que siempre está presente, siempre vivo, siempre fiel. Así pues, cuando Jesús dice «soy yo», se identifica como el Hijo de Dios, como divino. Revela que el Dios viviente se ha acercado a la gente atemorizada en la persona de Jesús.

El Dios que se reveló al antiguo Israel se ha acercado a Jesucristo. Este es Emanuel: Dios con nosotros. Dios no se ha mantenido alejado del sufrimiento humano. En Jesús, Dios mismo ha entrado en la tormenta con nosotros. Aquel que

gobierna sobre el caos ahora está junto a la gente atemorizada, proclamando paz. «¡Ánimo! No tengan miedo».

Aun así, no está claro si los discípulos entienden quién es, porque Pedro todavía tiene una pregunta. Versículo 28:

28 —Señor, si eres tú —respondió Pedro—, mándame que vaya a ti sobre el agua.

Las palabras de Pedro reflejan tanto confianza como incertidumbre. Por un lado, es evidente su confianza en Jesús. Pedro cree firmemente que Jesús puede ordenarle que entre al agua. Ningún rabino común podría hacer eso.

Pero, por otro lado, la expresión «si eres tú» conlleva cierta incertidumbre e interrogación. Pedro aún no comprende del todo quién es Jesús. Sin embargo, Jesús se encuentra con él allí.

Jesús viene a nosotros en medio de la tormenta.

Versículo 29:

[Jesús] dijo: “Ven”... Detengámonos un momento. Este mundo está obsesionado con el poder y con demostrar autoridad mediante la fuerza y la potencia. Pero aquí vemos a nuestro Dios, el Creador del universo, que accede a la petición de su creación. Pedro dice: «Ordéname que vaya», y Jesús lo hace. Dios es omnipotente, todopoderoso y no tiene nada que demostrar. Dios también es infinitamente amoroso y se acerca a nosotros para que podamos conocerlo y confiar en él.

Continuando en los versículos 29–31:

Pedro bajó de la barca y caminó sobre el agua en dirección a Jesús. 30 Pero al sentir el viento fuerte, tuvo miedo y comenzó a hundirse. Entonces gritó:

—¡Señor, sálvame!

31 Enseguida Jesús le tendió la mano y, sujetándolo, lo reprendió:

—¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?

Pedro demuestra fe y confusión, confianza y temor al mismo tiempo. Y eso lo hace profundamente cercano. Nos cuesta confiar en la identidad y la bondad de Dios sin exigir confirmación a nuestra manera. Es parte de nuestra humanidad aún sin sanar. Como muchos de nosotros, Pedro se acerca a Jesús con una fe real, pero aún vacilante.

Así pues, Pedro no es ni un héroe de la fe ni un villano de la duda. Es un discípulo en proceso. Su comprensión es incompleta, pero Jesús, a pesar de ello, lo guía hacia una relación más profunda. Esta es una excelente noticia para todos nosotros.

En cualquier caso, deberíamos centrarnos menos en analizar los sentimientos y las acciones de Pedro. Nuestro énfasis está en lo que **Jesús** hace en este encuentro.

Lo importante es esto: Jesús se acerca a sus discípulos asustados. Pedro reacciona de forma imperfecta, pero Jesús lo sostiene y lo rescata de todos modos. **Jesús viene a nosotros en medio de la tormenta.**

Cuando Pedro clamó: «Sálvame», vemos un ejemplo de reconocimiento y dependencia. No se trata de palabras mágicas que debemos pronunciar para que Dios actúe. ¿Acaso podemos imaginar qué habría pasado si Pedro *no* lo hubiera dicho? ¿Lo

habría dejado ahogarse Jesús? ¡Claro que no! Dios actúa primero. Dios actuó primero al enviar a su Hijo cuando aún éramos pecadores ([Romanos 5:8](#)).

En esta historia, vemos a Jesús realizar un milagro caminando sobre el agua y luego calmando la tormenta. Vemos a Jesús salvar con amor a Pedro de ahogarse. Pero tal vez te preguntes qué tiene que ver contigo esta historia que ocurrió hace más de dos mil años. ¿Por qué debería importarte?

Esta tormenta en el lago presagiaba una tormenta aún mayor para Jesús. Un día, Jesús se adentraría en la tormenta más oscura de todas: el pecado y el juicio. En la cruz, el Hijo de Dios no se mantuvo por encima de la tormenta; la atravesó por completo por nosotros. Tomó sobre sí nuestro miedo, nuestro fracaso, nuestra culpa y nuestra muerte.

Se hundió en las profundidades para que no nos ahogáramos. Y cuando resucitó de entre los muertos, venció para siempre el poder de aquella tormenta.

La cruz no fue un accidente. Fue una salvación. Jesús hizo por nosotros lo que jamás podríamos haber hecho por nosotros mismos. Por eso, cuando clamamos: «Señor, sálvame», clamamos a Aquel que ya nos ha salvado. Él se adentró en la tormenta más extrema y salió victorioso por nosotros.

El clamor de Pedro, «Señor, sálvame», se convierte entonces en una representación profunda de toda la humanidad. Todos necesitamos a Dios. Es la respuesta humana apropiada ante la

realidad de que no podemos salvarnos a nosotros mismos. La salvación se fundamenta en la fidelidad y la acción de Cristo mismo. Jesús abraza a Pedro de inmediato. La gracia precede, rodea y sostiene la respuesta humana.

Versículos 32 y 33:

32 Cuando subieron a la barca, el viento se calmó. 33 Los que estaban en la barca lo adoraron diciendo:
—Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios.

Hacia ahí se dirige esta historia desde el principio. El milagro es la revelación de quién es Jesús. Jesús caminando sobre el mar es una revelación de su identidad divina. En el Antiguo Testamento, solo Dios camina sobre las aguas del caos ([Job 9:8](#)). Jesús se revela como el Señor que se yergue soberano sobre todo lo que amenaza a la humanidad.

Y la revelación de quién es Jesús lleva a la adoración. Él es el Hijo de Dios que gobierna sobre el caos. Él es el Salvador que se acerca a los atemorizados. Él es el Señor que se adentra en las profundidades para rescatar a los que se hunden.

Jesús viene a nosotros en medio de la tormenta.

Pero algunos pueden sentirse agotados de remar contra el viento. Otros pueden sentirse abrumados por el dolor, la ansiedad, el sufrimiento, la soledad, la enfermedad, la adicción o el fracaso. Algunos pueden sentir vergüenza por las decisiones que han tomado. Otros, simplemente, pueden sentirse cansados y asustados.

Este evangelio anuncia que Jesús no te ha abandonado. El Padre te ve. El Hijo ha entrado en la tormenta por ti. El Espíritu está contigo incluso ahora. Tu salvación no depende de la fuerza de tu fe, sino de la fuerza del Salvador que te sostiene.

Él te sostiene incluso mientras tus tormentas arrecian. La buena noticia no es que los cristianos nunca enfrenten tormentas. La buena noticia es que Jesús nos encuentra allí. Él camina a través del mismo caos que amenaza con destruirnos. Él infunde paz en nuestro miedo. Él extiende su mano cuando nos hundimos.

Recuerda, Jesús no se queda a salvo en la orilla. No nos pide que nos encontremos a mitad de camino. Se adentra en la tormenta misma. Dios no salva a la humanidad desde la distancia. En Jesucristo, Dios entra plenamente en nuestra condición: esta es la Encarnación. El Hijo de Dios se adentra en las profundidades de la existencia humana —el miedo, el sufrimiento, la alienación, la muerte— para redimir a la humanidad desde dentro.

Como él ya ha atravesado la tormenta más profunda de la cruz y ha salido victorioso en la resurrección, podemos confiar en que ninguna tormenta acabará venciendo a quienes le pertenecen.

Así que, cuando las olas se alcen y la noche parezca larga, escucha de nuevo las palabras de Jesús: «¡Ánimo! Soy yo. No tengas miedo». Jesús está contigo a través de la presencia del Espíritu Santo en ti. Nunca estás solo.

La buena noticia de esta historia no es que las personas valientes puedan superar las tormentas o tener la audacia de

salir de la barca. Es que Jesucristo entra en el caos de la humanidad, se une a nosotros y nos lleva a salvo a la comunión con el Padre por medio del Espíritu.

**Jesús viene a nosotros en medio de la tormenta.
Esta es la buena noticia. Que ésta nos lleve a adorar a Jesús.**

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

1. Los discípulos obedecieron a Jesús y aun así se encontraron en medio de una tormenta. ¿Cómo desafía esto la idea de que el sufrimiento o las dificultades siempre significan que hemos hecho algo mal?
2. Jesús se acercó a sus discípulos mientras la tormenta aún arreciaba. ¿Cómo has experimentado la presencia de Dios en momentos difíciles?
3. El sermón dice que el enfoque de la historia no es "¿Cómo podemos afrontar la tormenta?", sino "¿Qué clase de Dios entra en la tormenta para estar con nosotros y salvarnos?". ¿Cómo desafía esto tus ideas sobre Dios?
4. El sermón concluye diciendo: «Jesucristo entra en el caos de la humanidad, se une a nosotros y nos lleva a salvo a la comunión con el Padre por medio del Espíritu». ¿Qué parte de esta buena noticia te llama más la atención hoy y por qué?

Sermón del 16 de agosto de 2026

Así como un trágico accidente puede conducirnos por un camino de crecimiento y resiliencia, las pruebas y dificultades de José finalmente lo prepararon para la grandeza y le permitieron ser una bendición para muchos. En ambas historias, Dios está presente. Se nos recuerda que, incluso en medio de nuestras dificultades, podemos confiar en que Dios obra para nuestro bien y que puede extraer belleza de nuestro dolor.

Salmo 133:1-3 • Génesis 45:1-15 • Romanos 11:1-2a , 29-32 • Mateo 15:10-28

El tema de esta semana es **Jesús invitando a los marginados a la mesa de la misericordia**. En nuestro salmo de llamado a la adoración, el salmista declara cuán bueno es que los hermanos vivan juntos en unidad. En Génesis, presenciamos la historia de José reconciliándose con sus hermanos. En el libro de Romanos, Pablo informa a la iglesia que tanto judíos como gentiles han recibido la misma misericordia de Dios. Y en el Evangelio de Mateo, encontramos a una mujer cananea que afirma que el favor y las bendiciones de Dios no pertenecen solo a los judíos.

Recordatorio: *Este párrafo introductorio tiene como objetivo mostrar la relación entre las cuatro selecciones de LCR de esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No debe incluirse en el sermón. [Cómo utilizar este recurso para sermones.](#)*

Jesús lleva a los marginados a la mesa de la misericordia.

Mateo 15:21–28 NVI

[Lee o pide a alguien que lea el pasaje.]

21 Partiendo de allí, Jesús se retiró a la región de Tiro y Sidón. 22 De esa región salió a su encuentro una mujer cananea gritando: —¡Señor, Hijo de David, ten compasión de mí! Mi hija sufre terriblemente por estar endemoniada.

23 Jesús no respondió ni una palabra. Así que sus discípulos se acercaron a él y le rogaron:

—Despídela, porque viene detrás de nosotros gritando.

24 —No fui enviado sino a las ovejas perdidas del pueblo de Israel —contestó Jesús.

25 La mujer se acercó y arrodillándose delante de él, suplicó: —¡Señor, ayúdame!

26 Él respondió:

—No está bien quitarles el pan a los hijos y echárselo a los perros.

27 —Sí, Señor —respondió la mujer—, pero hasta los perros comen las migajas que caen de la mesa de sus amos.

28 —¡Mujer, qué grande es tu fe! —contestó Jesús—. Que se cumpla lo que quieres.

Y desde ese mismo momento quedó sana su hija.

Mateo 15:21-28 NVI

Imagina una celebración comunitaria: un banquete de bodas, un cumpleaños, una fiesta, un día festivo. La sala está llena de familiares, vecinos y amigos. Hay música, risas, el aroma de la

comida en el aire y la alegría espontánea de quienes se sienten parte de un grupo.

Pero en medio de tanta alegría, hay alguien en la puerta, lo suficientemente cerca como para ver las luces, la mesa, las sonrisas y la celebración, pero aún así fuera. No está en la lista de invitados. Nadie le ha dado la bienvenida. Puede ver el banquete, pero no sabe si hay un lugar para él.

La mayoría conocemos esa sensación: la de ser excluidos. Quizás nos haya pasado en una fiesta, en familia, en la escuela, en el trabajo, en la iglesia o incluso en las redes sociales. Nuestro mundo constantemente clasifica a las personas en categorías: dentro o fuera, aceptados o ignorados, bienvenidos o rechazados. Algunos parecen conocer las reglas, el lenguaje y el lugar que les corresponde. Otros se preguntan: "¿Acaso pertenezco a este lugar?".

Precisamente ahí comienza esta historia: no en el centro de la habitación, sino en la puerta. Jesús entra en un lugar el cual su propia gente habría considerado «fuera», y allí se encuentra con una mujer a la que sus seguidores habrían marginado. Pero al final de la historia, Jesús demuestra que su misericordia trasciende los límites que la gente traza, y que su mesa es más amplia de lo que nadie esperaba.

Jesús lleva a los marginados a la mesa de la misericordia.

Al reflexionar sobre este relato del Evangelio, recordemos lo siguiente: la verdadera pregunta no es: "¿Cómo podemos tener una fe como la de esta mujer?", sino "¿Qué clase de Dios se adentra en territorio enemigo, suscita tal fe y sienta a los marginados a su mesa?". La gracia de Jesús crea una gran fe en aquellos que parecen alejados y trae a los marginados a la mesa de la misericordia de Dios. Veremos la asombrosa obra reconciliadora de Dios.

Jesús entra en territorio ajeno

Veamos el versículo 21:

21 Partiendo de allí, Jesús se retiró a la región de Tiro y Sidón.

Tiro y Sidón no eran ciudades judías. Eso importa. Eran lugares de forasteros, lugares extranjeros, lugares que los judíos fieles solían evitar. Los judíos se mantenían apartados de los gentiles, que no eran judíos. Los judíos consideraban a los gentiles hostiles o impuros. Si fueras un israelita escuchando esta historia, te sentirías inmediatamente incómodo.

¿Por qué está Jesús allí?

Y entonces nuestro evangelista, Mateo, introduce a una mujer en la historia. No es una mujer cualquiera, sino una cananea, una gentil. Esa palabra conllevaba siglos de hostilidad y división. Representaba a la gente equivocada, a los marginados, a los alejados de Dios. Era precisamente el tipo de persona que, según se creía, no *pertenecía* a la mesa de Dios. Pero, aun así, se acerca a Jesús.

Versículo 22: Una mujer cananea de aquella región se acercó a él, clamando: **22 De esa región salió a su encuentro una mujer**

cananea gritando:—¡Señor, Hijo de David, ten compasión de mí!
Mi hija sufre terriblemente por estar endemoniada.

Ella lo llama Señor, y al decir «Hijo de David», reconoce a Jesús como el Mesías, el Salvador. Su significado es enorme, sobre todo teniendo en cuenta quién es ella y el lugar donde se desarrolla la historia.

Cuando la mujer cananea llama a Jesús «Hijo de David», utiliza un título claramente judío y mesiánico, arraigado en las Escrituras y las promesas de Israel. Como gentil y cananea (un pueblo considerado durante mucho tiempo enemigo de Israel), no debería «conocer» ni atribuirse este título; sin embargo, reconoce a Jesús como el Rey y Salvador prometido de Israel, incluso cuando muchos dentro de la comunidad no lo hacen.

Eso hace que su confesión sea impactante: una persona ajena a la comunidad habla con franqueza. Esto subraya que la verdadera fe no se trata de etnia ni de geografía, sino de reconocer quién es Jesús en realidad y confiar en su misericordia.

Ella cree que Jesús puede ayudar a su hija. Cree que la misericordia aún puede ser posible para alguien como ella.

El silencio

Pero entonces la historia se torna incómoda. La mujer pide ayuda a gritos y Jesús no dice nada.

Versículo 23:

23 Jesús no respondió ni una palabra. Así que sus discípulos se acercaron a él y le rogaron:—Despídela, porque viene detrás de nosotros gritando.

Los discípulos se enfadan: «¡Que se vaya!». Quieren que se marche. Está causando problemas, interrumpiéndolos y creando situaciones incómodas.

Entonces Jesús dice algo aún más difícil. Es una de las frases más difíciles e importantes de la historia.

Versículo 24: No fui enviado sino a las ovejas perdidas del pueblo de Israel —contestó Jesús.

A primera vista, parece un rechazo severo. Pero Dios es amor, y Jesús nunca es cruel. Entonces, ¿qué está sucediendo realmente aquí?

Primero, ¿quién es Israel? Cuando escuchas «Israel», quizás pienses en el Estado-nación moderno. Pero en la Biblia, Israel es el nombre que Dios le dio a la familia y al pueblo descendiente de Abraham, quien vivió casi dos mil años antes del nacimiento de Jesús. A lo largo de los siglos, se convirtieron en el pueblo judío.

Llamamos a Israel el pueblo elegido de Dios porque Dios le hizo una promesa a Abraham de bendecirlo a él y a su familia, que se convertirían en una nación.

Dios prometió enviar un Salvador, el Mesías, a Israel. Jesús es ese Mesías, así que vino a Israel, a los judíos de su época, para cumplir esa promesa. Jesús mismo era judío. Sus primeros seguidores también lo eran.

¿Por qué Jesús los llama “ovejas perdidas”?

La antigua imaginería del pastor y sus ovejas tenía una gran importancia en el mundo bíblico. Se entendía que las ovejas eran dependientes y se perdían con facilidad. Por lo tanto, la comparación sugiere un pueblo disperso, vulnerable, expuesto y necesitado de rescate.

Y sugiere un pueblo que necesita un pastor. Un buen pastor era responsable de guiar, proteger, reunir e incluso arriesgar su propia vida por el rebaño. Las Escrituras llaman a Jesús, el Mesías, el Buen Pastor ([Juan 10:11](#)).

Así pues, cuando Jesús habla de “las ovejas perdidas de Israel”, establece una conexión con todo ese trasfondo, con la larga historia de Israel con Dios. En esencia, está diciendo:
El pueblo de la promesa de Dios está disperso.

Necesitan un verdadero Pastor.

Necesitan ser reunidos.

Necesitan ser rescatados.

Y yo he venido para eso.

Porque Dios cumple sus promesas a través de mí, su Hijo.

Esto suena bastante bien para Israel, pero ¿qué pasa con el resto de nosotros?

Como oyentes modernos, podemos interpretar el versículo 24 como: “A Jesús **solo** le importaba la antigua nación de Israel, que en tiempos de Jesús eran judíos”.

Pero Dios le dijo a Abraham: “ **Todas las naciones** de la tierra serán bendecidas por medio de ti” ([Génesis 12:3](#)).

Dios eligió a Israel no porque fueran mejores que los demás, sino porque quería bendecir al mundo entero a través de ellos. Jesús vino primero a Israel porque Dios le había hecho promesas, pero esas promesas siempre estuvieron destinadas a extenderse al mundo. Por lo tanto, podemos entender que el término «sólo» aquí se refiere a un orden, no a exclusión ni rechazo.

La enseñanza más amplia del Nuevo Testamento nos muestra que la salvación es para todas las naciones. Jesús dejó estas instrucciones a sus discípulos: «Por tanto, vayan y hagan discípulos de **todas las naciones** , bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» ([Mateo 28:19](#)).

Incluso el contexto inmediato de este pasaje debe influir en cómo interpretamos la palabra «solamente». Aquí, en esta misma historia, vemos que la misericordia de Dios ya se extiende más allá de Israel. Por eso esta historia es tan importante. Jesús muestra que la salvación de Dios estaba destinada al mundo entero.

Jesús lleva a los marginados a la mesa de la misericordia.

Sigamos leyendo para ver cómo. Versículos 25–26:

25 La mujer se acercó y arrodillándose delante de él, suplicó:

—¡Señor, ayúdame! 26 Él respondió:

—No está bien quitarles el pan a los hijos y echárselo a los perros.

Estas palabras nos impactan. Pero hacer daño es contrario a la naturaleza de Jesús. Jesús está haciendo algo diferente de insultarla; está haciendo algo importante. Está sacando a la luz los prejuicios y sesgos ocultos.

Las palabras «hijos» y «perros» parecen funcionar aquí como provocadoras, para señalar lo absurdo del prejuicio existente. Expresan la expectativa de los discípulos de que la mujer no pertenece a ese lugar. Incomodan las opiniones al generar incomodidad y preparan el terreno para que Jesús revele la misericordia infinita de Dios.

Los discípulos ya habían intentado rechazarla. Ya creían que no pertenecía al grupo. Era gentil; era una forastera. Jesús expone todo ese sistema para poder revocarlo.

La mujer parece comprender que su esperanza no reside en demostrar que pertenece a ese lugar, sino en la bondad de Jesús. No argumenta: «Pero me lo merezco». Escuchen lo que dice. Versículo 27: —Sí, Señor —respondió la mujer—, pero hasta los perros comen las migajas que caen de la mesa de sus amos.

En otras palabras: “Jesús, creo que hay tanta misericordia en ti que incluso la que sobra es suficiente”. Simplemente confía en que Jesús es bueno.

Jesús suele enseñar mediante la tensión y la resolución postergada. Lo vemos en otros pasajes: Jesús enseña no solo contando, sino también formulando preguntas que revelan. Aquí, Jesús permite que la conversación se desarrolle públicamente para que todos vean la inmensidad de la misericordia de Dios y

el fracaso de la religión; la religión siempre tiene seguidores y detractores. Dios se trata de relación, no de religión. Jesús no intenta desalentar su fe; la revela.

Jesús lleva a los marginados a la mesa de la misericordia.

Antes de este encuentro con la mujer gentil, algunos fariseos y maestros de la ley vinieron a Jesús desde Jerusalén y le hicieron una pregunta (puedes leerla al principio de este capítulo). En realidad, es una acusación de que Jesús y sus seguidores no cumplen la ley. Y Jesús responde con una explicación, quizás más para la multitud que lo escuchaba, que para los fariseos. Y los fariseos y maestros se marchan ofendidos. Jesús responde: “¡Hipócritas! Isaías tenía razón cuando profetizó acerca de ustedes:

«Este pueblo me honra con los labios,
pero su corazón está lejos de mí». [Mateo 15:8](#)

Los fariseos eran líderes judíos, expertos en la ley de Israel, pero sus *corazones estaban lejos de Jesús*. Jesús vino por las ovejas perdidas de Israel; vino a predicar y enseñar a los judíos, pero muchos lo rechazaron.

Sin embargo, aquí vemos a una mujer que no “pertenece”, y cuyo *corazón se ha acercado a Jesús*. Ella reconoce que él es el Señor, lo confiesa como el Mesías. Se arrodilla y suplica ayuda y misericordia. Solo haría esto si confiara en que él es el Señor y puede sanar a su hija.

En el versículo 28, Jesús reconoce su fe:

[28 —¡Mujer, qué grande es tu fe! —contestó Jesús—. Que se cumpla lo que quieres.](#)

Y desde ese mismo momento quedó sana su hija.

Fíjense en lo que Jesús *no* dice. No dice: «Finalmente demostraste ser digna» ni «Te ganaste lo que pediste». Dice: «Confiaste en mí». Su fe es grande porque Jesús es grande, y su hija sana inmediatamente.

Esto no es un intercambio ni una transacción, como si su gran fe comprara el milagro. La fe no es un sistema de recompensas, y la gracia no se obtiene simplemente creyendo con suficiente fuerza. En la Biblia, la fe es fundamentalmente confianza: una dependencia de Jesús que transforma nuestra forma de vivir porque actuamos conforme a esa confianza.

Y ni siquiera esa confianza es algo que podamos crear por nuestra cuenta. Jesús es quien tiene una fidelidad perfecta al Padre, y comparte su vida con nosotros por gracia. No venimos con fortaleza espiritual, sino con necesidad; no con perfección, sino con las manos vacías. Y Jesús nos recibe allí con misericordia y sanación.

Jesús lleva a los marginados a la mesa de la misericordia.

La mujer marginada no es rechazada, sino acogida. La mesa ya se está haciendo más grande.

Por eso esta historia es importante. El evangelio es para todas las personas, incluidas aquellas que no se sienten incluidas ni aceptadas por Dios. El evangelio es para quienes se sienten excluidos: excluidos del sentido de la vida, del propósito, de la pertenencia, de la esperanza, del amor, de la celebración. Y, sinceramente, todos nos sentimos así a veces. Jesús se adentra

en el terreno de los marginados para traer a la gente de vuelta a casa, para satisfacer el anhelo universal de ser incluidos, de pertenecer.

El forastero es bienvenido; de hecho, el forastero se convierte en parte del grupo. Se cruza la frontera. El banquete crece. Esta historia nunca trató sobre quién está dentro y quién está fuera. Trata sobre la clase de Rey que es Jesús: un Rey cuya misericordia es mayor que las fronteras que la gente construye, un rey cuya mesa es más amplia de lo que imaginamos, un Rey que sale al encuentro de quienes esperan fuera de la puerta. ¿Hay personas a las que consideramos "ajenas"? ¿A quiénes consideramos y luego pensamos: ¡Seguramente no merecen la misericordia de Dios ni la reciben!

Dios obra en las personas que menos esperamos. Quizás esa persona seas tú.

Así que, si hoy te sientes como esa persona que está fuera de la celebración, escuchando la música pero sin estar seguro de si hay un lugar para ti, escucha esto claramente: En Jesucristo, la puerta está abierta.

La mesa es más grande de lo que pensamos. Y hay lugar para nosotros en la casa de Dios. Allí encontramos amor, pertenencia y aceptación. No porque nos hayamos ganado nuestro lugar, sino porque Jesús es generoso. Porque el Padre ama al mundo. Porque el Espíritu Santo nos atrae a casa.

Jesús se convierte en forastero por nosotros

He aquí la verdad más profunda de esta historia: Jesús no solo acoge a los forasteros, sino que se convierte en uno de ellos. En la Encarnación, cuando el Hijo de Dios se hizo hombre, entró en nuestro mundo como un extraño. Fue incomprendido, rechazado, ridiculizado y excluido. En la cruz, Jesús fue apartado de la ciudad, del lugar de la bendición, del círculo, de la celebración. Asumió nuestra condición de forastero. **¿Por qué?** Para que los de afuera pudieran ser acogidos. Para que las personas alejadas de Dios pudieran ser recibidas en casa. Para que todos pudieran sentarse juntos a la mesa del Padre.

Jesús vivió la vida humana y fiel a la ley que nosotros no pudimos vivir. Jesús confió plenamente en el Padre en nuestro lugar. Jesús murió la muerte que merecía nuestro pecado y nuestra rebeldía. Jesús resucitó para traer a la humanidad una nueva vida con Dios. Esta es una buena noticia. El Padre ha abierto un lugar en su mesa a través del Hijo. Y el Espíritu Santo invita a las personas a acogerlas incluso ahora.

Jesús lleva a los marginados a la mesa de la misericordia.

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

1. Jesús responde inicialmente con silencio crea una tensión. ¿Cómo desafía o amplía esto tu comprensión de cómo actúa Dios cuando clamamos por ayuda?
2. La mujer no alega merecer misericordia; confía en la bondad de Jesús. ¿Qué nos enseña esto acerca de la fe como confianza, más que como una demostración de mérito?
3. El sermón subraya que Jesús expone y derriba los prejuicios ocultos. ¿Qué actitudes o suposiciones nos invita Jesús a examinar en nosotros mismos o en la iglesia?
4. ¿Cómo influye la idea de que "Jesús se convierte en un forastero por nosotros" en nuestra forma de pensar sobre la gracia, la pertenencia y quiénes son bienvenidos a la mesa de Dios?

Sermón del 23 de agosto de 2026

Domingo 16 del Tiempo Ordinario

INICIO

El libro de Éxodo nos revela que el plan de Dios va más allá de un rescate físico; es una invitación a una relación profunda con Él. Desde liberar a Israel de la opresión en el Mar Rojo hasta moldear su corazón con la ley en el Sinaí, cada paso en el desierto tuvo como fin preparar un espacio para Su presencia. A través del Tabernáculo y de Su pacto, descubrimos que nuestro Creador no es un Dios lejano, sino el Señor viviente que anhela habitar en medio de su pueblo, guiarnos y darnos verdadero descanso.

[Salmo 124:1-8](#) • [Éxodo 1:8-2:10](#) • [Romanos 12:1-8](#) • [Mateo 16:13-20](#)

El tema de esta semana es que, **incluso cuando no podemos verlo, Dios está obrando para rescatarnos**. En nuestro salmo de llamado a la adoración, el salmista alaba a Dios por rescatar a Israel de un peligro abrumador y confiesa que su ayuda proviene únicamente del Señor. En Éxodo, Dios preserva la vida de Moisés de las manos del faraón para que luego pueda guiar al pueblo de Dios fuera de la esclavitud. En Romanos, Pablo exhorta a los creyentes a quienes Dios ha mostrado misericordia a ofrecerse como sacrificios vivos. Y en el Evangelio de Mateo, cuando Pedro confiesa a Jesús como el Mesías, Jesús le confía a Pedro y a la iglesia la autoridad del reino para llevar a cabo la obra de Dios en la tierra.

Recordatorio: *Este párrafo introductorio tiene como objetivo mostrar la relación entre las cuatro selecciones de LCR de esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No debe incluirse en el sermón. [Cómo utilizar este recurso para los sermones.](#)*

**Aunque no podamos verlo,
Dios está obrando para rescatarnos.**

Éxodo 1:8–2:10 NVI

[Lee o pide a alguien que lea el texto bíblico.]

8 Pero llegó al poder en Egipto un nuevo rey que no había conocido a José 9 y dijo a su pueblo: «¡Cuidado con los israelitas, que ya son más fuertes y numerosos que nosotros! 10 Vamos a tener que manejarlos con mucha astucia; de lo contrario, seguirán aumentando y, si estalla una guerra, se unirán a nuestros enemigos, nos combatirán y se irán del país».

11 Fue así como los egipcios pusieron capataces para que oprimieran a los israelitas. Les impusieron trabajos forzados, tales como los de edificar para el faraón las ciudades de almacenaje Pitón y Ramsés. 12 Pero cuanto más los oprimían, más se multiplicaban y se extendían, de modo que los egipcios llegaron a tenerles miedo; 13 por eso les imponían trabajos pesados y los trataban con crueldad. 14 Les amargaban la vida obligándolos a hacer mezcla, ladrillos y todas las labores del campo. En todos los trabajos de esclavos que los israelitas realizaban, los egipcios los trataban con crueldad.

15 Había dos parteras de las hebreas, llamadas Sifrá y Fuvá, a las que el rey de Egipto ordenó:

16 —Cuando ayuden a las hebreas en sus partos, fíjense en el sexo: si es niño, mátenlo; pero si es niña, déjenla con vida.

17 Sin embargo, las parteras temían a Dios, así que no siguieron las órdenes del rey de Egipto, sino que dejaron con vida a los varones. 18 Entonces el rey de Egipto mandó llamar a las parteras y les preguntó:

—¿Por qué han hecho esto? ¿Por qué han dejado con vida a los varones?

19 Las parteras respondieron:

—Resulta que las hebreas no son como las egipcias, sino que están llenas de vida y dan a luz antes de que lleguemos.

20 De este modo los israelitas se hicieron más numerosos y más fuertes. Además, Dios trató muy bien a las parteras 21 y, por haberse mostrado temerosas de Dios, les concedió tener muchos hijos. 22 El faraón, por su parte, dio esta orden a todo su pueblo:

—¡Tiren al río a todos los niños hebreos que nazcan! A las niñas, déjenlas con vida.

Nacimiento de Moisés

2 Hubo un levita que tomó por esposa a una mujer de su propia tribu. 2 La mujer quedó embarazada y tuvo un hijo, y al verlo tan hermoso lo escondió durante tres meses. 3 Cuando ya no pudo seguir ocultándolo, preparó una cesta de papiro, la embadurnó con brea y asfalto. Después puso en ella al niño y fue a dejar la cesta entre los juncos que había a la orilla del Nilo. 4 Pero la hermana del niño se quedó a cierta distancia para ver qué pasaría con él.

5 En eso, la hija del faraón bajó a bañarse en el Nilo. Sus doncellas, mientras tanto, se paseaban por la orilla del río. De pronto, la hija del faraón vio la cesta entre los juncos y ordenó a una de sus esclavas que fuera por ella. 6 Cuando la hija del faraón abrió la cesta y vio allí dentro un niño que lloraba, le tuvo compasión y exclamó:

—¡Es un niño hebreo!

7 La hermana del niño preguntó entonces a la hija del faraón:

—¿Quiere usted que vaya y llame a una nodriza hebrea, para que críe al niño por usted?

8 —Ve a llamarla —contestó.

La muchacha fue y trajo a la madre del niño, 9 y la hija del faraón le dijo:

—Llévate a este niño y críamelo. Yo te pagaré por hacerlo.

Fue así como la madre del niño se lo llevó y lo crió. 10 Ya crecido el niño, se lo llevó a la hija del faraón y ella lo adoptó como hijo suyo; además, le puso por nombre Moisés, pues dijo: «¡Yo lo saqué del río!». Éxodo 1:8–2:10 NVI

Hoy y los próximos ocho domingos hablaremos sobre lo que el libro del Éxodo nos revela acerca de Dios. El libro se llama Éxodo porque narra cómo Dios sacó a su pueblo de la esclavitud en Egipto y lo condujo a la libertad. La palabra «Éxodo» significa literalmente «salida» o «camino de escape».

Así pues, el título, Éxodo, no se refiere simplemente a un viaje o a la salida de Egipto, sino a la liberación. Y el pueblo de la historia bíblica que escucharemos hoy anhela la liberación, esperando una salida. Pero aún no la han visto.

De esta manera, el Éxodo no es mera historia antigua. Nos importa porque refleja las realidades y condiciones de todos los seres humanos, incluso hoy. A veces, Dios parece ausente. Pero incluso cuando todo parece ir mal, Dios no nos ha abandonado.

Aunque no podamos verlo, Dios está obrando para rescatarnos.

Comenzamos en el versículo 8:

8 Pero llegó al poder en Egipto un nuevo rey que no había conocido a José.

¿Cómo llegamos hasta aquí? Quizás quieras leer la historia completa. Génesis 37 es un buen punto de partida.

Pero por ahora, un poco de contexto. Esta historia trata sobre la familia de Abraham, y el domingo pasado aprendimos sobre la promesa que Dios le hizo. A Abraham y su familia - sus hijos, nietos, nietos, etc.- los llamamos el pueblo escogido de Dios. Es importante recordar, al escuchar esta historia, que estas eran las personas a quienes Dios prometió bendecir, ser su Dios y convertirlos en una gran nación.

Una grave hambruna azotó la tierra donde vivía la familia hebrea de Jacob. Jacob era nieto de Abraham. Años antes, su hijo José había sido vendido como esclavo en Egipto por sus hermanos. Con el tiempo, José ascendió a una posición de poder en Egipto y se ganó la confianza y el favor del rey. Los consejos de José ayudaron a Egipto a sobrevivir a la hambruna.

Cuando llegó la hambruna, Israel y toda su familia fueron a Egipto a comprar comida. José los reconoció y los invitó a establecerse allí. Así, el pueblo hebreo se trasladó a Egipto para sobrevivir a la hambruna, y esta familia de 70 personas se convirtió en una gran nación.

En la Biblia, «hebreos» es a menudo el nombre que otros pueblos (como los egipcios) usaban para referirse a ellos, especialmente en los primeros relatos. Más adelante, se les llama con mayor frecuencia israelitas (en honor a Jacob, cuyo nombre fue cambiado a Israel). Es posible que «hebreos» significara originalmente «descendientes de Eber», un antepasado de Abraham. Por lo tanto, en nuestra historia de hoy, escucharán que a esta nación se la menciona con ambos nombres: hebreos e israelitas.

El libro del Éxodo trata fundamentalmente de la acción de Dios para rescatar, formar un pueblo y habitar con él. Y el desenlace de la historia —hacia dónde apunta todo— es la liberación. Pero hoy estamos al principio, antes de que el rescate sea visible. Y desde esta perspectiva podemos aprender algo valioso y esperanzador acerca de Dios.

Porque incluso cuando no podemos verlo, Dios está obrando para rescatarnos.

De invitados predilectos a esclavos temidos

8 Pero llegó al poder en Egipto un nuevo rey que no había conocido a José. Entonces llegó al poder en Egipto un nuevo rey, para quien José no significaba nada. José gozaba del favor del rey de Egipto, a quien también llamamos faraón. Pero ahora José es un hombre olvidado. El nuevo faraón ve en Israel una amenaza. Y el faraón tiene poder sobre la vida y la muerte.

9 y dijo a su pueblo: «¡Cuidado con los israelitas, que ya son más fuertes y numerosos que nosotros! 10 Vamos a tener que manejarlos con mucha astucia; de lo contrario, seguirán aumentando y, si estalla una guerra, se unirán a nuestros enemigos, nos combatirán y se irán del país». (versículos 9-10).

El miedo comienza a guiar las decisiones del faraón. "¿Y si se vuelven contra nosotros?". Así que el faraón pone a los israelitas como esclavos sobre ellos "para oprimirlos con trabajos forzados" (versículo 11).

El líder de Egipto esclaviza a los israelitas. Sus vidas se vuelven amargas y llenas de trabajos forzados... los egipcios los explotan sin piedad (versículos 13-14).

La esclavitud es un mal indescriptible. Es deshumanizante e inflige un daño grave. Sin duda, el faraón pretendía quebrantar su voluntad e impedir el progreso de los israelitas. Pero el versículo 12 nos dice:

12 Pero cuanto más los oprimían, más se multiplicaban y se extendían, de modo que los egipcios llegaron a tenerles miedo. El faraón pretendía reducirlos. Pero Dios ya los había hecho suyos generaciones atrás. Dios cumple sus promesas. Dios no abandona a sus hijos.

Aunque no podamos verlo, Dios está obrando para rescatarnos.

Parteras que temen a Dios, no al faraón.

El primer plan del faraón ha fracasado, así que pasa de la esclavitud al genocidio.

El rey de Egipto dijo a las parteras hebreas, cuyos nombres eran Sifrá y Puá:

16 —Cuando ayuden a las hebreas en sus partos, fíjense en el sexo: si es niño, mátenlo; pero si es niña, déjenla con vida. (versículos 15-16).

El faraón creía poder obligar a las parteras hebreas a cometer asesinatos. En la antigüedad, las parteras eran mujeres que asistían a las madres durante el parto. A menudo, eran la única

ayuda disponible. No sólo brindaban asistencia médica; eran figuras de confianza responsables de recibir y cuidar a los recién nacidos en sus primeros momentos.

El faraón intentó aprovecharse de la vulnerabilidad de los israelitas: una mujer sufriendo los dolores del parto y un recién nacido frágil y dependiente.

Pero subestimó a las parteras. Sifrá y Puá se rebelaron contra el faraón y desobedecieron sus órdenes. Su desobediencia civil debió requerir gran valentía. ¿Qué podría inspirar la valentía necesaria para desafiar al imperio y a sus opresores?

El versículo 17 nos dice: **17 Sin embargo, las parteras temían a Dios, así que no siguieron las órdenes del rey de Egipto, sino que dejaron con vida a los varones.**

La reverencia de Sifrá y Puá hacia Dios les infundió valor. Fueron obedientes a Dios y se comprometieron a preservar la vida. Se mostraron desafiantes ante el mal, aun arriesgando sus propias vidas.

Esta historia nos inspira, no porque las parteras sean las protagonistas o las heroínas, sino porque el mismo Dios que fue fiel en ellas, es fiel en nosotros. El mismo Dios que resucitó a Jesús y se opone a la muerte, actúa en estas parteras.

Faraón ordena a Sifrá y a Puá que se presenten ante él. Y les pregunta:

—¿Por qué han hecho esto? ¿Por qué han dejado con vida a los varones? **19 Las parteras respondieron:**

—Resulta que las hebreas no son como las egipcias, sino que están llenas de vida y dan a luz antes de que lleguemos.

Entonces Dios fue bondadoso con las parteras, y el pueblo se multiplicó y se volvió aún más numeroso. Y como las parteras temían a Dios, él les dio familias. (versículos 18b-20)

Desde la perspectiva del faraón, sin duda, Sifrá y Puá eran alborotadores. Probablemente coincidiríamos en que su resistencia —su negativa a participar en el mal— fue un gran problema.

La gracia de Dios es lo primero, antes que la confianza y la obediencia de las parteras. Dios actúa primero. Dios ya se ha comprometido con este pueblo. Su intención y misión de bendecir y multiplicar ya están en marcha.

El “no” de Sifrá y Puá al faraón es en realidad un “sí” al Dios dador de vida y contrario a la muerte. Su “sí” y su valentía para preservar la vida son obra del Espíritu Santo, sumándose así a la noble misión de Dios.

Así como Dios llamó a estas mujeres, hoy también nos llama a nosotros a unirnos a él, a participar en su misión. Dios es un Dios que llama y envía. **Nos llama** hacia Él, que es donde encontramos y experimentamos una vida restaurada. Y **nos envía** al mundo, a los lugares cotidianos —el trabajo, los barrios, las familias— como señales de su libertad. Dios no quiere ser Dios sin nosotros.

Una orden de ejecución y un plan desesperado

El intento de obligar a los hebreos a participar en su propio genocidio fracasa.

Ahora el faraón da una orden a todos los egipcios:

22 El faraón, por su parte, dio esta orden a todo su pueblo: —¡Tiren al río a todos los niños hebreos que nazcan! A las niñas, déjenlas con vida.(versículo 22).

La brutalidad de esta orden del rey es inimaginable. Sin embargo, en medio de este horror, sucede algo inesperado. Capítulo 2, versículos 1-4:

2 Hubo un levita que tomó por esposa a una mujer de su propia tribu. 2 La mujer quedó embarazada y tuvo un hijo, y al verlo tan hermoso lo escondió durante tres meses. 3 Cuando ya no pudo seguir ocultándolo, preparó una cesta de papiro, la embadurnó con brea y asfalto. Después puso en ella al niño y fue a dejar la cesta entre los juncos que había a la orilla del Nilo. 4 Pero la hermana del niño se quedó a cierta distancia para ver qué pasaría con él.

Aquí vemos a otra mujer común dispuesta a desafiar el poder del imperio para salvar una vida. Si el bebé ha de tener alguna posibilidad de sobrevivir, su madre debe darlo en adopción. ¡Qué decisión tan desgarradora! Pero el Dios que se opone a la muerte actúa en ella, y elige la vida para su hijo, incluso a riesgo de su propia vida.

Una adopción inesperada

5 En eso, la hija del faraón bajó a bañarse en el Nilo. Sus doncellas, mientras tanto, se paseaban por la orilla del río. De pronto, la hija del faraón vio la cesta entre los juncos y ordenó a una de sus esclavas que fuera por ella. 6 Cuando la hija del

faraón abrió la cesta y vio allí dentro un niño que lloraba, le tuvo compasión y exclamó: —¡Es un niño hebreo!

Conoce las leyes de su padre, pero la compasión la mueve. Se apiada del pequeño y le perdona la vida. Elige la vida, no la muerte.

A continuación, vemos a la hermana del bebé desafiar al imperio y el plan de muerte del faraón. Versículo 7:

Entonces su hermana le preguntó a la hija del faraón: "¿Quieres que vaya a buscar a una de las mujeres hebreas para que amamante al bebé?".

Debió requerir valor acercarse a la princesa. ¿Y si se descubre que es su madre a quien trae, la mismísima madre del bebé?

Versículos 7-8:

7 La hermana del niño preguntó entonces a la hija del faraón: —¿Quiere usted que vaya y llame a una nodriza hebrea, para que críe al niño por usted?

8 —Ve a llamarla —contestó.

La muchacha fue y trajo a la madre del niño, 9 y la hija del faraón le dijo: —Llévate a este niño y críamelo. Yo te pagaré por hacerlo. Fue así como la madre del niño se lo llevó y lo crió.

Sin saberlo, la hija del faraón contrata a la propia madre de Moisés para que sea su nodriza. En el mundo antiguo, las familias adineradas solían contratar a una nodriza que amamantaba y cuidaba al niño durante sus primeros años. La mujer que temía perder a su hijo ahora recibe un salario de la casa del faraón para criarlo.

La princesa no pertenece al pueblo elegido de Israel, pero el Dios que se opone a la muerte también actúa en ella, y ella elige

la vida. El domingo pasado hablamos de cómo se puede clasificar a las personas como pertenecientes o no al pueblo elegido ([Mateo 15:21-28](#)). Ella, sin duda, estaba «fuera del pueblo elegido». ¡Su padre fue quien ordenó que los israelitas fueran esclavizados y asesinados! Pertenecía a la casa del enemigo. Sin embargo, también desafiaba al imperio para salvar a este bebé de la muerte.

Esto debería recordarnos que debemos reconsiderar nuestras decisiones antes de descartar a alguien. Incluso las personas menos esperadas están invitadas a participar en la misión salvadora de Dios, tanto en Egipto como en nuestro mundo.

Versículo 10:

Fue así como la madre del niño se lo llevó y lo crió. 10 Ya crecido el niño, se lo llevó a la hija del faraón y ella lo adoptó como hijo suyo; además, le puso por nombre Moisés, pues dijo: «¡Yo lo saqué del río!».

Moisés fue rescatado de la muerte. Nació en circunstancias muy difíciles. Y este pasaje no minimiza el sufrimiento. Dios tampoco nos pide que lo hagamos. La vida cristiana no consiste en fingir que todo está bien cuando no lo está. Esta mentalidad puede llevarnos a minimizar, ignorar o negar por completo el sufrimiento propio y el de nuestros semejantes.

De hecho, algunos aprendimos que admitir que luchamos o sufrimos significa que nuestra fe es débil. Pero la vida cristiana no consiste en fingir que no sufrimos. Consiste en confiar en que tenemos un Dios en Jesús que comprende nuestro sufrimiento, se ha unido a nosotros y comparte nuestro sufrimiento. Jesús

dijo: «En este mundo tendrán aflicción. ¡Pero anímense! Yo he vencido al mundo» ([Juan 16:33 NVI](#)).

El Éxodo trata sobre personas atrapadas bajo poderes que las superan. Nosotros también vivimos bajo diversas formas de opresión: pobreza y hambruna, desigualdad, explotación, codicia, violencia, guerra e injusticia.

La esclavitud del pecado trasciende a cualquier persona. Se manifiesta en sistemas, culturas e instituciones. Nuestros problemas individuales y los del mundo nos parecen más grandes que nosotros... ¡porque lo son!

Y por eso esta historia sigue siendo relevante hoy en día. Israel luchó contra lo que parecían probabilidades imposibles. Sin embargo, todo lo que sucedió apunta a la fidelidad divina: Israel se multiplica; el pueblo se resiste a las órdenes de muerte; Moisés sobrevive.

La futura liberación comienza mucho antes de que los israelitas puedan verla. **Incluso cuando no podemos verlo, Dios está obrando para rescatarnos.**

Esta historia también nos muestra que Israel no puede salvarse a sí mismo. Los israelitas son impotentes. No pueden derrocar al faraón. No pueden liberarse.

Igual que nosotros.

Necesitamos que Dios nos rescate, y en Jesús ya lo ha hecho. Dios Padre envió a su Hijo a encarnarse. Jesús nació humano y se unió a nuestra humanidad. Esa es la Encarnación.

Jesús consumó nuestro éxodo, nuestra “salida”. El éxodo que jamás podríamos haber logrado por nuestra cuenta.

Esta es la buena noticia: Jesús no solo nos muestra la liberación, sino que se convierte en ella. Lleva nuestra esclavitud a su muerte en la cruz y rompe su poder. El rescate se ha consumado, y el Espíritu Santo hace que la liberación y la libertad sean una realidad en nuestras vidas.

El Padre ve el sufrimiento de la humanidad. El Hijo desciende a ese sufrimiento. El Espíritu nos une a Cristo y nos asegura que nunca estamos abandonados.

Aunque no podamos verlo, Dios está obrando para rescatarnos.

Profundiza:

La palabra para «cesta» es *tebah*, la misma que se usa para el arca de Noé. Las aguas que una vez amenazaron a la humanidad llevaron un arca de salvación; ahora el río que amenaza a los jóvenes hebreos lleva la pequeña arca de aquel a quien Dios usará para sacar a su pueblo de Egipto. Parece una madre desesperada y una cesta frágil; la fe ve a Dios preservando la vida a través de una pequeña arca sobre las aguas. Y desde la orilla del río, parece pérdida y riesgo. Pero el Dios que liberó a Noé sigue siendo el Dios de Moisés. El mismo Señor que sacó a una familia del diluvio sacará a Israel de las aguas de la violencia de Egipto.

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

1. ¿En qué aspectos de tu vida sientes ahora mismo que Dios es invisible o permanece en silencio, y cómo desafía este pasaje esa perspectiva?
2. ¿Qué nos enseña la valentía de estas mujeres acerca de confiar en Dios en situaciones donde hacer lo correcto es costoso o arriesgado?
3. ¿En qué otro lugar de la Biblia vemos a un gobernante intentando destruir a niños varones, y qué sucede después?
4. ¿Cómo cambia la forma en que afrontamos el miedo, el sufrimiento o la incertidumbre esta semana el saber que "incluso cuando no podemos verlo, Dios está obrando para rescatarnos"?

El fragmento del poema «Invictus» de Ernest Henley contrasta la idea de controlar nuestro destino con la importancia de rendirnos a Cristo como el verdadero conquistador de nuestras almas. Seguir a Jesús, renunciar a nuestra voluntad propia y confiar en su propósito superior para la humanidad nos lleva a la verdadera vida.

Salmo 105:1-6 , 23-26 , 45b • Éxodo 3:1-15 • Romanos 12:9-21 • Mateo 16:21-28

El tema de esta semana es «**Dios descende**». En nuestro salmo de llamado a la adoración, el salmista exhorta al pueblo de Dios a recordar los actos salvadores del Señor y a responder con amor fiel. En Éxodo, Dios llama a Moisés en la zarza ardiente a arriesgar su vida por amor, guiando a Israel fuera de la opresión. En Romanos, Pablo describe una comunidad cuyo amor genuino vence el mal con el bien, incluso cuando tiene un alto costo. Y en el evangelio de Mateo, Jesús camina por el camino de la cruz y llama a sus discípulos a seguirlo con un amor abnegado y que le cuesta mucho.

***Recordatorio:** Este párrafo introductorio tiene como objetivo mostrar la relación entre las cuatro selecciones de LCR de esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No debe incluirse en el sermón.*

Cómo utilizar este recurso para los sermones.

Dios desciende

Éxodo 3:1–15 NVI

[Lee o pide a alguien que lea el pasaje.]

3 Un día, Moisés estaba cuidando el rebaño de Jetro, su suegro, que era sacerdote de Madián, y llevó las ovejas hasta el otro extremo del desierto hasta llegar a Horeb, la montaña de Dios. 2 Estando allí, el ángel del Señor se le apareció entre las llamas de una zarza ardiente. Moisés notó que la zarza estaba envuelta en llamas, pero que no se consumía, 3 así que pensó: «¡Qué increíble! Voy a ver por qué no se consume la zarza».

4 Cuando el Señor vio que Moisés se acercaba a mirar, lo llamó desde la zarza:

—¡Moisés, Moisés!

—Aquí estoy —respondió.

5 —No te acerques más —le dijo Dios—. Quítate las sandalias, porque estás pisando tierra santa. 6 Yo soy el Dios de tu padre. Soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Al oír esto, Moisés se cubrió el rostro, pues tuvo miedo de mirar a Dios.

7 Pero el Señor siguió diciendo:

—Ciertamente he visto la opresión que sufre mi pueblo en Egipto. Los he escuchado quejarse de sus capataces y conozco bien sus penurias. 8 Así que he descendido para librarlos del poder de los egipcios y sacarlos de ese país, para llevarlos a una tierra buena y espaciosa, tierra donde abundan la leche y la miel. Me refiero al país de los cananeos, hititas, amorreos, ferezeos, heveos y jebuseos. 9 Han llegado a mis oídos los gritos desesperados de los israelitas y he visto también cómo los oprimen los egipcios. 10 Así que disponte a partir. Voy a enviarte

al faraón para que saques de Egipto a los israelitas, que son mi pueblo.

11 Pero Moisés dijo a Dios:

—¿Y quién soy yo para presentarme ante el faraón y sacar de Egipto a los israelitas?

12 —Yo estaré contigo —respondió Dios—. Y te voy a dar una señal de que soy yo quien te envía: Cuando hayas sacado de Egipto a mi pueblo, todos ustedes me adorarán en esta montaña.

13 Pero Moisés insistió:

—Supongamos que me presento ante los israelitas y les digo: “El Dios de sus antepasados me ha enviado a ustedes”. Si me preguntan: “¿Y cómo se llama?”. ¿Qué les respondo?

14 —Yo soy el que soy —respondió Dios a Moisés—. Y esto es lo que tienes que decirles a los israelitas: “Yo soy me ha enviado a ustedes”.

15 Además, Dios dijo a Moisés:

—Di esto a los israelitas: “El Señor, el Dios de sus antepasados, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, me ha enviado a ustedes.

»”Este es mi nombre eterno;

este es mi nombre

por todas las generaciones”. » **Éxodo 3:1-15 NVI**

El domingo pasado, vimos a Israel, el pueblo de la promesa de Dios, pasar de ser huéspedes bienvenidos en Egipto a esclavos torturados bajo el yugo de un faraón malvado, el rey de Egipto. Dios prometió bendecir a Israel, pero allí se encuentran,

sufriendo esclavitud y genocidio. El faraón ordenó la muerte de todos los niños varones.

No hubo milagros. Ni profetas ni mensajeros de Dios. Ni una palabra del cielo. Para un observador, Dios no aparece en ningún momento de la historia.

Pero tenemos la ventaja de conocer el final de la historia. Y al mirar hacia atrás desde el final, vemos que desde el principio, Dios estuvo presente, en su pueblo. Él se niega a ser Dios sin nosotros. No nos necesita, pero nos invita a unirnos a la obra de su misión salvadora.

Aunque Israel sufría, la salvación de Dios ya se estaba manifestando de maneras que no siempre eran visibles. A través de personas comunes -las parteras, una madre y su hija, e incluso la propia hija del faraón- Dios preservó la vida y protegió a un bebé llamado Moisés. Moisés era a quien Dios guiaría para liberar a su pueblo de la esclavitud en Egipto.

Este pasaje nos recuerda que, incluso cuando Dios parece ausente o en silencio, está obrando activamente para lograr la salvación. Aunque aún no lo vean, la liberación que Israel anhela ya ha comenzado.

Este ejemplo es relevante para nosotros hoy. Quizás no estemos esclavizados como en Egipto, pero probablemente atravesamos épocas en las que Dios parece ausente. Al igual que Israel, sabemos lo que es sentirse atrapado por circunstancias que escapan a nuestro control. Algunos cargan con un dolor que no

desaparece. Otros luchan contra una enfermedad persistente. Otros más lidian con la soledad, la ansiedad, las adicciones, los conflictos familiares, las presiones económicas o las decepciones que parecen no tener fin.

Hay momentos en que nos preguntamos si Dios ve lo que sucede, si escucha nuestros clamores, si sabe lo que llevamos dentro. Nos encontramos haciéndonos la misma pregunta que debieron hacerse los israelitas: ¿Dónde está Dios en todo esto? Esa es precisamente la pregunta que subyace en la tensión previa al Éxodo 3 .

Y Éxodo 3 responde a esa pregunta de una manera hermosa. Revela que el Dios que parece ausente a menudo está más cerca de lo que creemos. Más aún, revela que nuestro Dios no es un observador distante del sufrimiento humano. Al contrario, **Dios desciende**.

Cuando comienza la historia en Éxodo 3 , Moisés tiene ochenta años. Ya no está en el palacio; es un fugitivo que cuida ovejas lejos de Egipto. La semana pasada, cuando dejamos a Moisés, era un niño pequeño. Su madre lo cuidó hasta que tuvo probablemente tres o cuatro años. Entonces se consideró que tenía edad suficiente para ser llevado a la casa de la princesa. Adoptado por la hija del rey, Moisés había disfrutado de todos los privilegios de crecer en el palacio.

¿Cómo acabó él aquí?

¿Por qué no leer el pasaje que queda entre donde lo dejamos el domingo pasado y donde empezamos hoy? Se trata de [Éxodo 2:11-25](#) . Dado que dedicaremos nueve domingos a predicar

sobre el libro de Éxodo, este es un momento excelente para estudiarlo en casa, en tu grupo de estudio bíblico o tomando un café con amigos y vecinos.

Siendo adulto, Moisés presencié cómo un egipcio golpeaba a un esclavo de su propio pueblo. Moisés mató al egipcio. Cuando el faraón se enteró, quiso matar a Moisés. Entonces, Moisés huyó al desierto.

¿Alguna vez has reflexionado sobre tu vida y te has preguntado: "¿Cómo llegué hasta aquí?"? La historia de Moisés te enseña que jamás te desviarás tanto del camino como para que Dios te abandone. Dios está cerca de ti. **Dios descende.**

Año tras año, Moisés ha vivido una vida tranquila al otro lado del desierto. Moisés no busca a Dios. Simplemente cuida de un rebaño.

Sin embargo, ahí es precisamente donde Dios se encuentra con él. Versículos 1-3:

3 Un día, Moisés estaba cuidando el rebaño de Jetro, su suegro, que era sacerdote de Madián, y llevó las ovejas hasta el otro extremo del desierto hasta llegar a Horeb, la montaña de Dios. 2 Estando allí, el ángel del Señor se le apareció entre las llamas de una zarza ardiente. Moisés notó que la zarza estaba envuelta en llamas, pero que no se consumía, 3 así que pensó: «¡Qué increíble! Voy a ver por qué no se consume la zarza».

El milagro no fue la zarza, sino la presencia de Dios. Increíblemente, el fuego no destruyó lo que llenó.

A lo largo de las Escrituras, el fuego y el humo simbolizan con frecuencia la presencia de Dios. Su santidad arde con intensidad y su gloria resplandece. La vida de Dios es poderosa y pura. En la zarza ardiente, Dios se acerca sin destruir. Vemos un atisbo del carácter de Dios: es santo, pero no hostil. Se acerca sin causar daño.

Versículo 4:

4 Cuando el Señor vio que Moisés se acercaba a mirar, lo llamó desde la zarza:

—¡Moisés, Moisés!

—Aquí estoy —respondió.

Dios lo llama por su nombre. Esto es algo profundamente personal. El Dios que creó los cielos y la tierra conoce a Moisés. Dios conoce su historia, cada decepción y cada arrepentimiento. Dios conoce sus errores y la vergüenza que probablemente Moisés cargó tras matar al egipcio.

Sin embargo, Dios se acercó y llamó a Moisés de todos modos. Lo mismo ocurre con nosotros. Dios conoce tu nombre y tu historia porque es un Dios de relaciones. Dios es una familia a la que nos ha incluido. El Padre, su Hijo Jesucristo y el Espíritu Santo comparten una relación perfecta y armoniosa, donde cada uno se centra y se entrega al otro desinteresadamente. ¡Por medio del Espíritu, Jesús comparte con nosotros la relación que tiene con su Padre!

Versículos 5-6:

5 —No te acerques más —le dijo Dios—. Quítate las sandalias, porque estás pisando tierra santa. 6 Yo soy el Dios de tu padre. Soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Al oír esto, Moisés se cubrió el rostro, pues tuvo miedo de mirar a Dios.

Ante esto, Moisés se cubrió el rostro, porque tenía miedo de mirar a Dios.

Esto nos sirve como un recordatorio necesario: Dios está íntimamente cerca de nosotros, pero también es santo. Nuestra cultura a menudo tiene dificultades para conciliar estos dos conceptos. Algunos imaginan a Dios como distante, indiferente, fácilmente ignorable. Otros lo imaginan como alguien cercano, como un compañero espiritual que existe para apoyar nuestros objetivos. El Dios del Éxodo no permite ninguna de las dos visiones.

Dios está lo suficientemente cerca como para conocer a Moisés por su nombre, pero también es tan santo que Moisés se quita las sandalias. Dios es cercano, pero inabarcable. Es amoroso, pero no dócil. La santidad de Dios significa que es absolutamente único. No es simplemente una versión más grande de nosotros mismos. Es el Creador, la vida y la bondad misma. Es el Santo.

Lo extraordinario es que este Dios santo se acerca. **Dios desciende.**

Luego viene el punto central del pasaje. Dios comienza a revelar lo que ha estado sucediendo todo el tiempo. Versículos 7-9:

7 Pero el Señor siguió diciendo:

—Ciertamente he visto la opresión que sufre mi pueblo en Egipto. Los he escuchado quejarse de sus capataces y conozco bien sus penurias. 8 Así que he descendido para librarlos del poder de los egipcios y sacarlos de ese país, para llevarlos a una tierra buena y espaciosa, tierra donde abundan la leche y la miel. Me refiero al país de los cananeos, hititas, amorreos,

ferezeos, heveos y jebuseos. 9 Han llegado a mis oídos los gritos desesperados de los israelitas y he visto también cómo los oprimen los egipcios.

Dios dice: «He visto». «He oído». «Me conmueve». No se trata de una deidad distante que observa nuestro dolor como si fuera un noticiero. Es el Señor eterno que cumple sus promesas, que se ha comprometido con un pueblo y se niega a apartar la mirada. Durante generaciones, el pueblo ha sufrido. Sus lamentos se han alzado en el aire. Su dolor parecía no tener respuesta. Sin embargo, ahora Dios revela que nada de esto le ha sido oculto. Dios está al tanto de cada injusticia, de cada clamor, de cada tristeza, y se preocupa. Se conmueve hasta la compasión y se siente impulsado a actuar.

Así pues, Dios ha venido al rescate.

Versículo 10:

“10 Así que disponte a partir. Voy a enviarte al faraón para que saques de Egipto a los israelitas, que son mi pueblo.”

Ahora, vayan. Dios dijo: «He descendido para rescatarlos... así que ahora, vayan. Yo los envío...» Dios es un Dios que envía. Somos personas «enviadas». Dios nos envía al mundo para participar en su misión de restaurar, renovar y redimir la creación.

¿Cuál es la respuesta de Moisés al ser enviado? Versículos 11-12:

11 Pero Moisés dijo a Dios:

—¿Y quién soy yo para presentarme ante el faraón y sacar de Egipto a los israelitas?

12 —Yo estaré contigo —respondió Dios—. Y te voy a dar una señal de que soy yo quien te envía: Cuando hayas sacado de Egipto a mi pueblo, todos ustedes me adorarán en esta montaña.

“¿Quién soy yo?”

Moisés recuerda los errores que lo llevaron al exilio. Podemos comprender su pregunta. ¿Con qué frecuencia nos sentimos así? Quizás nos preguntemos por qué Dios nos envía a nuestros vecinos como señales de su reino. ¿Qué tenemos para ofrecer o aportar?

La respuesta de Dios a nuestras dudas es la misma que le dio a Moisés: «Yo estaré contigo».

Por supuesto, tenemos limitaciones, como Moisés. Pero Dios está con nosotros. Nuestra esperanza nunca se basa en nuestra propia capacidad, fidelidad o fuerza. Nuestra esperanza descansa en Dios. **Dios descende.**

Finalmente, Moisés pregunta el nombre de Dios.

13 Pero Moisés insistió:

—Supongamos que me presento ante los israelitas y les digo: “El Dios de sus antepasados me ha enviado a ustedes”. Si me preguntan: “¿Y cómo se llama?”. ¿Qué les respondo?

14 —Yo soy el que soy —respondió Dios a Moisés—. Y esto es lo que tienes que decirles a los israelitas: “Yo soy me ha enviado a ustedes”.

15 Además, Dios dijo a Moisés:

—Di esto a los israelitas: “El Señor, el Dios de sus antepasados, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, me ha enviado a ustedes.

»”Este es mi nombre eterno;
este es mi nombre

por todas las generaciones”.

Dios responde: «YO SOY EL QUE SOY». Dios existe en sí mismo. Dios no es creado, ni depende de nada más, ni deriva de nada. Dios simplemente es y da existencia a todo. El Creador no puede ser nombrado ni definido por su creación.

Entonces Dios se llama a sí mismo el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Esto fundamenta la identidad de Dios en la historia y la promesa. Los dos últimos domingos, aprendimos sobre la promesa de Dios a Abraham y su familia. Esa familia se convirtió en la nación de Israel. Dios prometió bendecirlos, ser su Dios y hacer de ellos una gran nación.

Al nombrar a Abraham, Isaac y Jacob, es como si Dios dijera: “Yo soy el mismo Dios que hizo esas promesas a vuestros antepasados, ese pacto os incluye a vosotros, y yo cumplo mis promesas”.

Siglos después, Jesús dice: «Antes que Abraham existiera, yo soy» ([Juan 8:58](#)). Jesús reveló su divinidad, su Hijo de Dios y el mismo Dios de la zarza ardiente. Aquel que descendió para rescatar a Israel es quien desciende para rescatar **al mundo**. Porque aquí está la buena noticia. La bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu no se limitó a Israel.

Dios prometió que, a través de la familia de Abraham, **todas las naciones** serían bendecidas. La promesa a Abraham siempre apuntó a la intención de Dios de bendecir **a toda la creación** . Y a través de Jesús, Dios ha hecho precisamente eso. El Padre envió a su Hijo para que naciera de una virgen. **Dios desciende** : esta es la Encarnación.

Plenamente Dios y plenamente hombre, Jesús vivió una vida sin pecado por medio del Espíritu Santo.

Jesús vivió la vida de fidelidad que nosotros no podíamos vivir y cargó con nuestros pecados en la cruz. Se unió a nosotros en su muerte, resurrección y ascensión al Padre.

Por lo tanto, la muerte, resurrección y ascensión de Jesús son también nuestra muerte, resurrección y ascensión. Y la vida que comparte con su Padre es también nuestra, por el Espíritu.

¡Este es nuestro rescate!

Dios nos **ha rescatado** .

Dios nos **rescata** . Momento a momento, comparte su vida con nosotros por medio del Espíritu. El Espíritu Santo habita en nosotros y nos consuela, ayuda y guía. El Espíritu es la presencia personal de Dios en nosotros. El Espíritu nos abre los ojos para conocer a Dios y nos capacita para «ir». El Espíritu produce su fruto en nosotros (Gálatas 5), haciéndonos crecer en santidad y transformándonos a la imagen de Cristo.

Dios **nos rescatará**. Su rescate se consumará cuando regrese y no habrá más sufrimiento. Cuando Cristo vuelva, lo restaurará todo. El mal será juzgado, los muertos resucitarán y la creación misma será renovada. Y en esa nueva creación, no habrá más muerte, dolor ni tristeza, porque el Dios que descendió ha venido a morar con su pueblo para siempre.

Reconocemos la fidelidad de Dios con mayor claridad cuando miramos hacia atrás o cuando conocemos el final de la historia. Pues bien, este es nuestro final: todo lo que causa sufrimiento será finalmente derrotado.

Los israelitas aún no podían vislumbrar su liberación de la esclavitud. Moisés aún no podía imaginarse guiando a los israelitas fuera de Egipto. Pero Dios ya había puesto en marcha su rescate.

Lo mismo ocurre con nosotros. Quizás aún no comprendamos cómo obra Dios. Pero el Dios revelado en la zarza ardiente y en Jesucristo no está ausente. Esa es una buena noticia en la que vale la pena confiar.

Dios ve, oye, sabe y tiene compasión. Dios nos rescata.

Dios desciende.

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

1. ¿En qué aspecto te identificas más con la experiencia de Israel de sentirse invisible o inaudible para Dios?
2. Moisés responde al llamado de Dios con "¿Quién soy yo?". ¿La inseguridad o los fracasos del pasado te dificultan dar el paso hacia lo que Dios podría estar llamándote a hacer?
3. La respuesta de Dios a Moisés fue: «Yo estaré contigo». ¿Cómo cambia la presencia de Dios (en lugar de tu capacidad) tu manera de pensar sobre la obediencia o la misión?
4. La idea de que "Dios desciende" es un tema central, desde la zarza ardiente hasta la encarnación de Jesús. ¿Cómo influye en tu confianza en él durante los momentos difíciles ver a Dios como alguien que *se acerca a nosotros con amor y para rescatarnos*?

